Una escuela de humanismo

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Un observador imparcial que mire al hombre desde lejos, con su visión natural, sin el impedimento de los vidrios coloreados que ofrecen las sectas religiosas y las filosofías éticas, lo encontraría muy próximo al animal.

Despojado de sus títulos y de su puesto ilusorio en la vida, desnudo por decirlo así, el hombre es casi un ejemplar innoble de materia viviente.
En realidad es mucho más complejo que la amiba y está bastante lejos del anfioxo, el más primitivo de los vertebrados. Sin embargo, junto a la ágil pantera, al gracioso ciervo y al poderoso elefante, el hombre está en relación bastante desfavorable. Físicamente comparado con los magníficos mamíferos que abundan en el mundo, es un miembro patético de la familia animal.

La ostentación de sus grandes rasgos mentales no mitiga en él este oprobio. ya que con un simple puntapié podemos desenterrar un hormiguero y observar en él hechos y rasgos de esos diminutos insectos, que en forma asombrosa pueden compararse a las proezas de la mente humana. Los castores las abejas y muchas clases de aves tienen facultades notables que emplean para dominar los elementos que se encuentran a su alrededor. Ellos preservan su raza e instintivamente encuentran en la naturaleza muchos elementos de propiedades curativas que utilizan. Los hombres, animales e insectos construyen represas y puentes organizan ejércitos, subordinan a otras criaturas, las hacen esclavas en provecho propio, pueden acumular alimentos y preparar artefactos con lo que la naturaleza les suministra. Pueden pescar, cazar y cultivar sus alimentos.

El cerebro en el hombre, mayor en proporción, como órgano útil y de confianza, no tiene para el individuo más valor que el que puede tener la pata palmeada para el ánade o el largo cuello para la jirafa.   Su inferioridad en ciertos atributos lo obliga a desarrollar especialmente otros, con el objeto de poder vivir en el medio ambiente que lo rodea.
El hombre intensifica el uso de su cerebro porque no tiene otro medio de que echar mano. El hecho de que pueda recurrir a la abstracción, a la contemplación de las cosas que no son una realidad o que no ha experimentado verdaderamente en una forma objetiva, es una consecuencia lógica del funcionamiento especial de su cerebro.

Uno puede admirarse de la ligereza del ciervo, pero difícilmente puede admirarlo por el uso que hace del instinto, de esa cualidad natural que posee en un ambiente hostil. Entonces, ¿por qué se lisonjea el hombre en confiar y desarrollar la única salvaguardia que tiene? Si el hombre es en realidad un ser superior., ciertamente que tiene que demostrarlo en una forma que no sea el desarrollo de sus sentidos físicos, de los procesos de su imaginación o del desarrollo de nuevos métodos de vida más complicados para proveer a su subsistencia.

Una cabra montés está constituida de tal manera que puede escalar rocas escarpadas para procurarse el abrigo y el ambiente que le agrade y ninguna otra cosa podría ofrecérsele que le proporciona la mayor satisfacción. ¿En qué se diferencia entonces el hombre de una cabra montés si usa sus poderes especiales, su inteligencia, para alcanzar el mismo fin?

En realidad lo que importa no es cómo un ser animado se provee de las cosas necesarias para su subsistencia, sino lo que hace con la vida; por lo menos eso deberíamos pensar como Rosacruces.

En el hombre existen características que aunque no están limitadas a su especie, están más desarrolladas en él que en cualquier otro ser animado. Estos son los valores morales que nacen de su sentido moral. Muchos pensadores y filósofos relacionan este sentido moral con factores físicos y psicológicos. Por ejemplo: dicen que el sentido de justicia que todos tenemos es el instinto de la propia conservación, despertado por la simpatía con los actos que nos obligan a proceder en favor de otros, en la misma forma que lo hiciéramos por propio interés.

Mejor dicho: así como la imagen real de una comida apetitosa estimula en nosotros por sugestión el deseo de comer, así, al experimentar los abusos que otros hacen de sus derechos, se despierta en nosotros por simpatía un resentimiento que nos obliga a dolernos y a defender los intereses de la persona injuriada como si fueran los nuestros.
Desde el punto de vista espiritual, metafísico y ético, el sentido moral es la sabiduría del alma que prescribe el curso de la conducta humana que debemos seguir y que es compatible con los derechos divinos.

Esta sabiduría la conocemos como la voz de la conciencia.

Sin embargo, cualquiera que sea el origen de este sentido moral, es indudable que es el más laudable atributo de la naturaleza humana. Es la única gracia salvadora por medio de la cual el hombre se eleva por encima de la existencia puramente mecánica y es la que le da la oportunidad de hacer de su conducta, un paralelo de las funciones que atribuye a su Dios.

El es capaz de apreciar, a causa de su sentido moral, las cosas del mundo en términos distintos a los que le proporcionan beneficios.   Ella hace posible la abnegación.

Después de todo ¿qué diferencia existiría entre un ser viviente cuya conciencia le hace responder involuntariamente al medio ambiente y otro que usando su inteligencia, tiende al mismo fin? El hombre sabe lo que hace cuando usa todas sus energías en provecho propio; si no pudiera evitar el proceder así, estaría tan sujeto al sistema mecánico del universo como lo está la lombriz de tierra que está bajo sus pies.

Su único medio de llegar ser *un ser humano,* en la acepción que usualmente atribuimos a esa palabra, es el de convertirse en un reflejo verdadero de la Mente Cósmica, dando expresión al sentido moral.

La Virtud

Sócrates dice, en los diálogos de Platón, que a pesar de que la virtud es conocimiento, ella es conocimiento del alma y no puede enseñarse; únicamente puede ser sentida y experimentada.

A pesar de esta divina herencia que el hombre posee: el sentido moral, encontramos en el mundo muchos de su especie que actúan en forma poco diferente de como lo hacen las bestias del campo. En muchos aspectos el hombre es un animal inferior que compite con los demás animales y desecha esa esencia de su naturaleza por medio de la cual puede alcanzar su verdadero estado.

La razón de desecharla es que *se le enseña* lo que constituye el bien y se le exhorta a seguir una senda de justicia a la cual no responde internamente o no comprende. El mundo, en general, ha fracasado al tratar de enseñarle a llevar una vida piadosa. Basta echar un vistazo a nuestro alrededor para observar la conducta seguida por las naciones del mundo.

Los valores morales no son producto de la razón o de los elementos objetivos del conocimiento.
No hay nada que lógicamente parezca mas ineficaz que los platonismos o afirmaciones que algunas escuelas de ética y sectas religiosas hacen repetir a sus prosélitos. No son sino *simples palabras* que no despiertan en los prosélitos la correspondiente respuesta moral.

La mayor parte de los padres saben cuán difícil es explicar al hijo, desde el punto de vista de la razón, que no debe apropiarse un dulce que esté sobre el mostrador de un establecimiento.
El niño quiere el dulce, sabe por experiencia que es sabroso y además esta al alcance de su mano. ¿Por qué no puede cogerlo? Decirle que pertenece a otro no basta, ¿no es cierto?

Igualmente, hasta que uno no aprecia lo que son los derechos de propiedad de los demás, y emocional y moralmente respeta el daño que puede inferírseles violando sus derechos, o, en la mayoría de los casos, el miedo al castigo que trae tal violación, todos los preceptos morales que puedan citarse de nada valdrán para evitar que se apropie lo ajeno en la primera oportunidad.

No se puede despertar el sentido moral de una persona con postulados éticos desde la tribuna del orador, desde el púlpito o por medio de las leyes.

Por otra parte, un niño no puede olvidar nunca un incidente en el que ha visto llorar a otro niño porque se han mofado de él o porque de una manera maliciosa le han destruido su juguete. Tampoco podrá olvidar el efecto de una mentira si esta ha sido dramatizada en alguna forma.
No es lo que ve lo que le produce un efecto duradero, sino la sensación emocional que se adentra en su ser psíquico y le *hace sentir el daño.* Las emociones que experimenta en ese momento corresponden a aquellas sensaciones innatas de justicia e injusticia que ha sentido y así aprende a conocer cómo es que ellas afectan a los demás.

El sentido moral o sus atributos, las virtudes, como impulsos internos, son débiles en la mayor parte de nosotros si las comparamos con las decisiones de nuestra razón que están reforzadas con la energía dinámica de la voluntad. Cuando los impulsos morales están mal formulados, o son vagos o difíciles de interpretar ¿será raro que la mayoría de las personas los ahoguen o los repelen?

Códigos de Etica

El mundo tiene muchos códigos de ética. ¿Pero cuántos de nosotros sentimos emocionalmente una simpatía al leerlos?

En consecuencia, ¿cuántos de nosotros, que comprendemos el curso errado de una acción que proyectamos, podemos expresar, con palabras, una regla de ética o un principio religioso que indique el *por qué* sentimos que está errado?

Esta falta de coordinación entre nuestro sentido de la moral personal y los códigos vigentes es la causa de que exista un mundo sobrecargado de reglas que definen lo justo y lo injusto y que echa por la borda todas las reglas de decencia aceptadas. La mayoría de las personas ha aprendido lo que constituye lo justo y lo injusto, pero generalmente *no lo ha sentido,* por lo cual el mundo, como un todo, no tiene escrúpulos de conciencia en violar las normas morales puramente intelectuales.

Valores Morales

La humanidad no está completamente perdida. Ella puede ganar de nuevo su *status.* Lo que en realidad necesita es el establecimiento de escuelas de humanismo en todos los países.

Tenemos escuelas de ciencias, arte, música, literatura; escuelas para la adquisición de conocimientos del mundo en que vivimos y del universo en general, así como también escuelas que nos enseñan el funcionamiento de nuestros seres físico y mental.
Pero necesitamos escuelas para enseñar al hombre a que *sea humano.* Se le debe enseñar a *analizar sus impresiones morales* y a formularse preceptos que lo capaciten para llevar una vida correcta, como la que llevan los buenos elementos de la sociedad. *No debe enseñársele* que una línea de conducta es errada porque así está escrito en los libros sagrados o en las doctrinas de ésta o aquella secta o religión; sino que debe aprender a desechar algo por ser incorrecto o a aceptarlo como correcto, porque internamente sienta una repulsión o una armonía por aquello. Se le deben poner problemas para que defina una línea de conducta, no porque sea la más ventajosa, sino porque sienta que es la correcta.

Así se le obligará a definir los dictados de su propia moral. ¿Por qué resolverá que esto o aquello es lo correcto? Porque la definición que se desprende del análisis de sus propios sentimientos constituirá un precepto moral más comprensible para él y podrá seguirlo con más facilidad que cualquiera de los preceptos recomendados por todos los santos.

Si se duda de la necesidad de las *escuelas de humanismo* para el desarrollo del sentido moral, que muchos llaman hoy en día un rearme moral, tratemos, por ejemplo, de coordinar nuestro sentido de la belleza con las descripciones que otros han hecho de lo que constituye la belleza. Bien se sabe que lo que se proclama como bello muchas veces puede parecerle a uno grotesco y aún feo.

Si hubiera una descripción universal de la belleza que despertara en cada uno de nosotros la misma concepción de lo bello entonces todos amaríamos idénticamente las mismas cosas. En las escuelas de estética se ejercita a los estudiantes a ver lo bello en las cosas del mundo y a apreciar la belleza. Sin embargo, todos los graduados de esas escuelas no consideran bellas las mismas cosas en la pintura en la escultura o en la danza.

Por consiguiente la *comprensión personal* de nuestro sentido moral es una necesidad para el desarrollo humano, aún cuando ella no esté de acuerdo con la definición formulada por nuestro vecino. Hoy vemos que un sentido moral bien desarrollado, contribuye más a la paz del mundo que los profundos conocimientos de los fenómenos físicos obtenidos por la ciencia, más que una técnica altamente desarrollada para hacer dinero y más que un método para alcanzar el éxito material en el mundo.

En realidad, un sentido moral imperfecto, combinado con un intelecto altamente desarrollado y disciplinado, constituye una amenaza para la sociedad. El hombre puede destruirse a sí mismo por medio de la superioridad animal que posee, o sea su cerebro, a menos que recurra a esa salvación divina: la educación del sentido moral, sin tratar de aprender lo justo y lo injusto por medio de las palabras de otros.

El mundo realmente necesita escuelas de humanismo, una de las cuales es la Orden Rosacruz AMORC.

Fomentemos el desarrollo de ellas antes de que sea tarde.